

4 AUTORES

Y SUS CUENTOS

*luis silva b.
renán valdés
juan radrigán
alejandro solís*



LA FELICIDAD DE LOS GARCIA

a cortar un vestido, primero saca varios moldes en hojas de diario, le cuesta bastante, pues no es muy ducha, pero al fin sale del paso. Prende los trozos de papel al género y comienza a cortar siguiendo su contorno. A ratos suspira y maldice calladamente a las tijeras y a Manuel que no ha sido capaz de arreglarles el filo. Él alcanza a escucharle, pero no se da por aludido. La mira hacer fumador, sencillamente, hace rato que quiere hacerle, y de un lado preguntas, pero no se decide a hablar, ella lo sabe y teme. Es un silencio tenso, cargado de malos presagios.

Manuel observa las curvas puntas de sus za-

Después de dar comida a Manuel, Marta lava rápidamente los platos, limpia la mesa y se pone a cortar un vestido; primero saca varios moldes en hojas de diario, le cuesta bastante, pues no es muy ducha, pero al fin sale del paso. Prende los trozos de papel al género y comienza a cortarlo siguiendo su contorno. A ratos suspira y maldice calladamente a las tijeras y a Manuel que no ha sido capaz de arreglarles el filo. El alcanza a es- cuchar, pero no se da por aludido. La mira hacer fumando silenciosamente, hace rato que quiere hacerle un par de preguntas, pero no se decide a hablar, ella lo sabe y teme. Es un silencio tenso, cargado de malos presagios.

Manuel observa las chatas puntas de sus za-

patos. Se mueve, estira los brazos desperezándose; se acomoda mejor sobre la silla y mira desganaadamente hacia afuera por la ventana. De allí se ve claramente el patio del primer piso; ve la mojada pileta y junto a ella a una mujer desgrenaada que friega una olla, más allá están las artesas, llenas de ropa remojando. Evaristo, el verdulero, está lavando su carretón de mano. Un crio descalzo cruza el patio llorando, un hombre sin camisa le grita que vuelva y lo insulta crudamente. El niño vacila; gira los ojos llenos de miedo, buscando a alguien más poderoso que el amenazador, pero como no lo encuentra sigue huyendo, el hombre, medio cojo, o borracho, lo sigue y ambos gritan de tal modo que parece que el caserón entero acudirá; pero nadie presta la menor atención. La abuela Lucía fríe pescado, "Lázaro", el perro de doña Cecilia, que es la mayordoma del caserón, mira ansiosamente los trozos de pescado frito; tibios y dorados como pedazos de sol. Lo mismo de siempre. Lo mismo: paredes agrietadas y dentro de ellas, gente que la miseria ha hecho violentas. Se cansa de mirar. Se levanta y da unos pasos por la pieza. Observa a su mujer. Su hosca mirada recorre el perfil fino, la masa oscura de los cabellos y los senos abultados bajo el delantal; se detiene un poco en las piernas, blancas y bien torneadas,

vuelve a subir: no hay deseo en su mirada, sólo fastidio. Al fin no puede más y le pregunta que qué demonios es lo que está haciendo —su voz es tensa y grave.

Marta contesta con dureza, sospechando lo que vendrá:

—¿No lo ves? corto un vestido.

—¿Para qué?

—¿Para qué se hace un vestido? ¿Para colgarlo de la pared como un cuadro?

—No seas imbécil, lo que quiero saber es para qué necesitas otro vestido, tienes tres o cuatro me parece —suspira amenazadoramente—, ¿no es bastante? No somos ricos...

—¿Cuatro...? ¿Cuatro...? —chilla ella—
¿Estás loco? ¡Llamar vestidos a estos trapos que se abren de puro viejos!

—El de pintas verdes está bueno.

—¡Ah!

—El azul también.

—No dan más...

—Están buenos...

—¿Quiéres que muestre las carnes?

—Podrías haber arreglado alguno.

—¿Con qué? ¿Con papeles? no seas tan ce-

rrado, Manuel, por Dios, esos vestidos ya no dan más: además este es un retazo que no me costó casi nada.

—Naturalmente, a tí nunca te cuesta nada. ¡Pero a mí sí, maldita sea, yo soy el que trabaja! Yo...

—¡Tú qué! —interrumpe ella gritando— ¿Qué es lo que traes que gritas tanto? apenas me das para comer en la semana y si yo no lavara ropa ajena, andaríamos todos desnudos. ¡Juega menos a las carreras, se más considerado, eso hace en vez de venir a gritar y mandar aquí!

Manuel se pone rojo. Sus gruesos puños se cierran violentamente.

—¡No grites, desgraciada!

—¡Grito y grito!

Javier despierta en el camastro; los mira inquisitivamente, agita los brazos y rompe a llorar, con un llanto agudo, violento.

No le hacen el menor caso. Es peor que otras veces. Algún vecino avisa a la vieja Cecilia y ésta llega resoplando, nerviosa y asustada.

—¿Qué pasa? ¿Dios mío qué pasa aquí?

Manuel le cierra la puerta en las narices:

—¡No pasa nada, vieja intrusa; rompo lo que es mío!

Después sale a dar una vuelta, lleno de dudas. La furia se agita y crece dentro de él, como si fuese un ser vivo. Pero no es contra su mujer: es contra algo que lo hace preguntarse rabiosamente qué, cuál es el tiempo para vivir. Domingo, cansancio viejo; mal humor; pequeñez; aburrimiento, tedio. Luego, a trabajar otra vez. Siempre lo mismo, interminablemente, nunca queda ni un resto de dinero disponible para salir a dar una vuelta por ahí con los suyos, a olvidar, siquiera un momento, esa cosa agria y oscura que se les pega a los dedos y a los ojos. A veces, al comprar un número para la lotería o al jugar unos pesos a las carreras, se imaginaba que todo iba a cambiar, que todo estaba aún por llegar para ellos. Pero se engañaba. En las familias de los pobres jamás ocurría nada verdaderamente importante, excepto la muerte de alguno de sus componentes: era un camino parejo y estúpido. Y lo más desconsolador era darse cuenta de eso y no poder comprenderlo.

Su cabeza era como un cuarto cerrado, con un torbellino de viento loco dentro: cien pensamientos venían de golpe, en tropel y luego se iban y venían otros y otros. En su pecho se ha agolpado una ansiedad ancha y triste, quiere hacer algo, mil cosas a la vez, pero no se decide por ninguna.

Es un desconcierto, brutal. Abismante.

En la puerta encuentra a Evaristo, el verdulero. Le cuenta lo de la pelea.

El viejo mueve apesadumbradamente la cabeza.

—Tenemos que ir a tomar unas copas donde la Inés —dice—, así lo verás mejor.

Y van donde la Inés, que es la más conocida de las comadres que venden vino clandestinamente en el barrio.

El local es ancho y bajo, como cueva; hay olor a ropa sucia, a vino y comida; hay humo de cigarrillos y sombras de hombres apegándose a las paredes.

—¿Una vuelta de chicha? —pregunta Evaristo.

En ese momento Manuel siente una sed espantosa.

—No, vino, mucho vino.

Beben. Evaristo habla del tiempo, de las ventas y de su mujer. Después dice:

—¿Estaba la Olga cuando pasó eso?

—No, había ido a ver a una amiga.

—¿Y el muchacho?

—¿Raúl? no, tampoco.

—Estaba el puro barraco chico, entonces.

—Sí, gritó como nunca.

—Bueno, sírvete; este vino está bastante bueno.

Manuel bebe rápidamente y sigue haciéndolo, como si estuviese apagando un incendio en su interior. Luego, cae en un cavilar tan grande que el verdulero se aburre.

—Son más de las nueve — dice—, me parece que mejor me voy.

Pero no se va y siguen allí, bebiendo y mirándose. Hasta que de pronto Manuel deja el vaso y dice, quejumbroso:

—Estoy cansado, Evaristo... cansado y lleno de angustias.

El verdulero lo mira; pero no dice nada: está acostumbrado a escuchar las lamentaciones de sus vecinos.

—Cansado de andar y de andar, sin esperanza ninguna —sigue Manuel, opacamente—, cansado de mantener los brazos tendidos hacia una felicidad que nunca llega. La angustia de saber que no tengo otro porvenir que el de morir con las manos despedazadas por el cemento, me quita todo deseo de lucha. Me aturde el darme cuenta de que siempre he tenido miedo al hambre y que mis hijos también tendrán sobre ellos el mismo temor. Es un destino de esclavos: trabajar

y morir. Y en medio de todo eso, llanto, preocupaciones y sufrimientos. Siempre, siempre, hasta el fin de los días.

—Estás ofuscado, eso es todo. Se puede ser pobre y feliz a la vez. La hermosa felicidad no es el polo opuesto de la pobreza. Hay momentos...

—¡No hay momentos para nada; sino para trabajar y pasarse las noches temblando, como condenado en espera de la ejecución... El gran temor al nuevo día. “¿Habrà para comer hoy?” Las pocas cosas que logramos comprar se pierden en la agencia, los críos andan medio desnudos, desnutridos, tristes como perros, ¡ellos que deberían reír siempre! Todos nos cobran, acosan, hostigan, idiotizan. Y no hay como librarse de tanta desgracia; no hay una sola esperanza. Ni una sola. ¡Qué puerco es todo, Cristo! tomemos. Evaristo, emborrachémonos hasta la médula de los huesos, aturdámonos de alcohol.

—¿Y mañana? —pregunta Evaristo calmadamente.

—Sí, eso es lo malo —tartajea Manuel— habría que seguir haciéndolo todos los días, todos los días....

—Escucha Manuel: las cosas son como son, hermoso estúpido, uno no puede salirse de ellas;

el mundo está hecho de una manera determinada y buena o mala tenemos que amoldarnos a ella, pensar de otro modo no es más que buscarse sufrimientos. Uno puede llorar y maldecir su suerte hasta estallar en pedazos. Pero todo sigue igual. Nada cambia porque uno salta hecho trizas. Nada.

—¿Y la felicidad?

—Búscala.

—Búscala —repite Manuel, con voz trapesa—. ¿Y dónde está?

—Quizás... Para algunos en un beso, para otros en el olvido, en el momento mágico en que el capullo revienta en flor; en el llanto de un hijo que nace, en la muerte, el dinero o el vino y hasta, en apenas, una mirada al pasar. ¡Son tan extraños los seres humanos!

Evaristo le está dedicando ahora una sonrisa protectora....

—Andate a casa y ponte en la buena con ellos, no te amargues.

Ahora le da consejos. ¡Qué estúpido era! ¿Acaso creía que él estaba borracho? Se equivocaba: tristeza, amargura, eso era lo que sentía. El licor había empujado hacia él una pena antigua: Marta. Pensando en ella se siente grotesca-

mente tierno; ansía estar a su lado. Sentir la tibieza de su cuerpo junto al suyo, su aliento; besarla, poseerla. Después, dulcemente contentos hacer planes, ver si el pequeño Javier duerme bien tapado, igual a Raúl y Olga. Olga va a cumplir dieciocho años muy pronto: es morena frágil, hermosa, tiene unos ojos muy grandes y negros. Sonríe en sueños. ¿Por qué Olga sonríe cuando duerme? ¿Con qué sueña?

—¿Qué tiene Olga?

—¿Ah?

—Estás hablando de toda tu familia; piensas en voz alta.

—Estaba pensando en ellos... —dice— ¡Cómo los quiero!

—¿Los quieres? Entonces dáles un poco de tranquilidad. Viven en espinas, te temen, te ven llegar como a un verdugo. No eres justo, Manuel.

—¡Cállate!

—Te tienen miedo —insiste Evaristo con calma.

Manuel aprieta los puños, lo mira ferozmente.

—¡Maldito predicador! —insulta entre dientes y lo mira como si fuese a golpearlo. Toma el vaso y lo vacía en su garganta, "Tranquilidad",

piensa. Sí, sería hermoso, pero la miseria es agria, se le mete a uno en el alma y no hay caso de ver las cosas diferentes, todo es negro, hosco y hostil. Había que borrar eso. Era imprescindible. Borrar... ¿cómo?... ¿qué?... ¡Diablos, tal vez fuese verdad que estaba borracho! ¿Qué era lo que había que hacer? ¿Borrar? No, no era eso, era otra cosa, ¿cuál? La tenía colgando en la punta de la lengua, también en las manos, pero se le escapaba, se le escurría como aceite. ¡Cristo y recristo, qué era!... ¡Ah, sí: enderezar! ¡Eso era! Enderezar la puerca vida.

Tras la nubosidad de su borrachera, le sonrío jubilosamente al verdulero.

—¿Sabes, viejo negro? ¡Voy a enderezar la puerca vida! —anuncia alborozado.

—Estás borracho; vámonos, Manuel.

—No, Marta, Raúl, Javier, todos tienen que conocer la felicidad: lo he pensado bien, ha sido como un milagro. Será lindo: ropa para todos, una cuna para Javier, una radio, comida abundante... y eso traerá tranquilidad. Es tan poco... ¿Qué estúpido he sido al despreciar tanta oportunidad! La vida tiene que darnos a todos un poco de felicidad, como tú dices, para justificar los golpes, comprender y aliviar. Y si no quiere...

—¿Si no quiere, qué?— pregunta Evaristo.

—Entonces hay que quitársela.

—Pero, ¿qué es lo que estás pensando Manuel?

—Déjame, déjame pensar; ya verás ella sabe cuanto me gusta jugar a las carreras. Hay que arriesgarse.

—¿Piensas seguir perdiendo tu plata, bestia?

Manuel no contesta. La súbita idea lo absorbe por completo, golpeando sus semiembotados sentidos con magnífica insistencia. La alegría corre vertiginosamente por su interior, es como si le hubiese brotado un sol dentro. Pide más vino. Mientras lo traen, recorre el sucucho con la mirada: está lleno de caras rojas, de humo y de risas. Habían llegado algunas mujeres y los ojos de los hombres ebrios las recorrían desvergonzadamente.

Luego comenzarían a pelear.

Contento hasta el fondo del alma, Manuel se pone a canturrear quedamente.

Una o dos semanas después, Manuel llega a casa cargado de paquetes.

Raúl es el primero que lo ve. Estaba jugando con "Lázaro" y varios muchachos. Lo mira extrañado.

—¿Qué miras, paco tonto?— le dice risueño,
—ayúdame con ésto.

“Paco” así le dice, quizás por qué razón, cuando está contento.

—¿Sabes lo que voy a hacer contigo, paco?

—¿Qué?

—Te voy a comprar dos ternos nuevos.

—¿Dos ternos nuevos?

—Sí, dos y de pantalones largos.

—¿Nuevos...? ¿Y dos?— pregunta Raúl incrédulo —¿Dos ternos completamente nuevos? ¿Cuándo?

—Ahora mismo, te peinas y vamos.

Han llegado a la puerta del cuarto, pero el chico no se decide a entrar. Lo mira con la boca abierta y los ojos brillantes. Dos ternos nuevos para él. No, no comprende.

Y nadie en el cuarto comprende, aunque él se los explica claramente.

—...la cartilla era de cinco caballos; un golpe único, un batatazo magnífico. Una cartilla de cuatro mil pesos a cinco caballos y ganaron todos. ¡Potros lindos!

Abraza a su mujer. Le da un beso tan fuerte en el cuello, que casi le deja un cardenal. Ella protesta, pero está contenta. Luego comienzan a desenvolver los paquetes: dos cortes de género, medias y un frasco de perfume para Marta. Dos vestidos, una pulsera y zapatos de taco alto para Olga. Camisas y una gran pelota de fútbol para

Raúl. Además, caramelos y chocolates para todos.

—¡Ese barraco tendrá la mejor cuna del barrio!— promete Manuel señalando al pequeño Javier.

Van y vienen, se prueban las ropas nuevas y ríen. La felicidad ha entrado atropelladamente al cuarto número veinte. Después, Manuel anuncia:

—¡Vieja, daremos una fiesta!

—¿Una fiesta?

¡Claro, una zandunga es lo que se impone! Invitaremos a José, el de la pieza quince, que dice que está cansado de comer sopas de pan. ¡Y a todos los que quieran venir! ¡Los García dan una fiesta!— empuja a Raúl y a Olga hacia la puerta. —¡Corran a invitar gente, gandules, vamos corran!— vuelve a abrazar a su mujer y ríe, fuerte, sonoramente.

Entre todas las vecinas engalanan el cuarto, lo visten de fiesta. La pequeña cocina se hace estrecha, se llena de mujeres que con las mangas subidas hasta el codo, friegan ollas, pelan papas y cortan carne.

—¿Qué vamos a hacer, señora Marta?

—No sé; no se me ocurre nada.

—Podríamos preparar una cazuela bien condimentada y asado de segundo.

—Eso es.

—¿Compraron el vino?

—No, pregúntele a Manuel que qué se puede traer.

—Van a faltar sillas.

—Sí; y cubiertos también.

Se traen apresuradamente mesas y sillas de otros cuartos. Hasta se trata de encerar, pero falta tiempo para eso.

Cerca de las ocho de la noche comienza la fiesta.

Es algo que no se ha visto nunca. La bulliciosa alegría de los humildes se mete por todos los rincones del caserón. ¡Cómo ríen, cómo bailan y beben! ¡Si hasta ha venido doña Cecilia con su hijo mayor!

Varias veces le reprochan a Manuel, que no vacía su vaso; el sonríe y simulando obedecer, piensa: “¿Para qué emborracharse con vino? ¡Es más lindo embriagarse de alegría!”

Cerca de las dos de la mañana, Luis, el hijo de la mayordoma, se siente poseído de una audacia repentina, toma a Olga de un brazo y la saca al pasillo.

—Oye... — dice y calla. Frente a los ojos de ella la audacia lo abandona.

Se miran en silencio, anhelantes y confusos. Dentro, los hombres viejos ríen y cantan destempladamente. Luis piensa: “¿Qué hicieron ellos, cuando les toco hacer ésto?”

A Olga le tiemblan las rodillas, algo que tiene un poco de rezo y de canto la estremece. Cien noches le ha sonreído a Luis en sueños: se ha visto caminar con él bajo las estrellas. Ha soñado ser su novia, mujer, madre. ¿Pero, cómo hay que hacer para llegar a eso? Los sueños no se lo han dicho.

—Oye...— repite él.

—¿Qué?

La mira intensamente. ¿Qué dice allí en el fondo de esos ojos negros? ¿Por qué están tan abiertos? ¿Esperan...?

Repentinamente se encuentran uno en brazos del otro. Como la primera estrella ha surgido el amor. El primer beso, que es flor y fuego ha sellado sus labios. Ese beso quedará petrificado en sus carnes, como una huella celeste. Pasará el tiempo, caerán sobre ellos tempestades furiosas, lluvias y soles, vendrán hacia ellos los dolores bastardos y todas esas cosas que la vida trae; pero no se borrarán. Quizás, uno nunca sabe nada, en las extrañas vueltas de la vida, algo los separe y conozcan otros amores que enciendan en sus pechos nuevas ilusiones. Pero el recuerdo de ese tímido y asustado beso seguirá allí, clavado en un lugar remoto de sus corazones.

Dentro los niños han comenzado a quedarse dormidos: algunos duermen con la nariz sobre la

mesa, otros en el regazo de sus madres. Ha llegado el momento de despedirse, pero no se deciden. ¡Que diablos, una fiesta no se da todos los días!

Amanecía cuando al fin se fueron. Todas las cosas quedan desordenadas: manchas de vino sobre los manteles prestados, colillas de cigarrillos, restos de comida, de vino. Fue una gran fiesta.

Manuel está más alegre que nunca. Se niega a dormir. Toma a Marta de la cintura y la lleva al pasillo. De allí se ve el cielo y el caserón: el ancho cielo se está volviendo lentamente claro, las estrellas desaparecen; los estrechos corredores están vacíos, silenciosos; las puertas cerradas; los seres hundidos en el sueño reparador de las fuerzas gastadas. Es una grande y hermosa quietud. Marta se mueve un poco, Manuel aprieta más el brazo alrededor de su cintura.

—¿Te gusta ésto?— pregunta.

—Sí— dice ella arrebatadamente —¡Hacia tanto tiempo que soñaba con algo así!

—Mañana compraremos una radio.

—¿Una radio, también?

—Sí y grande: con ojo mágico y todo.

—¡Qué bueno...!— dice ella, después de un corto silencio. Ha querido decir mil cosas, pero esas solas palabras han salido de sus labios. La felicidad la anonada. ¡Ha sido todo tan súbito! El la abraza; se besan; recuerdan el pasado; él

fuma; ella le mordiñquea una oreja; se sienten contentos.

Desde la tarde siguiente comienza una nueva vida para ellos: tienen radio, el arriendo al día, ropa abundante, comida segura e hijos con buena salud. Manuel es completamente feliz. Marta lo mimma, le prepara buenas comidas, le trae el diario a la cama y por las tardes salen empujando el coche de Javier.

Esto dura exactamente una semana. Al término de ella se presentan los agentes. Esto es cosa muy común en el caserón y no extraña a nadie. Pero sí se extrañan cuando ellos se detienen en la puerta de los García.

Manuel está almorzando cuando los ve. No se asusta, antes bien, parece contento.

—Lo único malo— dice, mirando melancólicamente al cielo limpio—, es que me pillaron en un día de tanto sol...

Marta se extremece. Salta como una leona: —¿Qué hizo? ¡Dios mío, por qué lo buscan a él?

Uno de los agentes le contesta con calma:

—No hizo casi nada; por poco no se trae la caja de fondos del contratista.

—¡Pero, cómo hizo éso!

—Primero avisó que estaba enfermo, al otro día lo hizo. No se ocupó de borrar nada, si hubie-

ran abierto la caja antes, ya estaría adentro. Siempre han sido los hombres de confianza los que han arruinado a los patrones. Al hombre no se le puede tentar. Es demasiado débil y sufre mucho. En cierto modo, señora, el robo es...

Sigue hablando, pero Marta ya no le escucha: llora callada, silenciosamente, sin acusaciones, sin quejas. Es el suyo un llanto profundo y trágico: es el llanto angustioso y tremendo de los esclavos, de las bestias mudas, de los seres que no pueden protestar.

Manuel le acaricia las mejillas.

—Ya no importa nada, Marta— dice, —vivimos una semana. Conocimos lo que es la felicidad. Tuvimos todo lo que deseamos siempre. Nos sentimos como dioses por unos instantes; no tenemos derecho a exigir más.

Los vecinos lo ven pasar, casi sonriente.

Raúl quiere seguirlo, pero Marta no lo deja salir.